

Hombres, ideas y libros

Enrique Molina

La ideología del señor Leopoldo Lugones

HA tenido el señor Leopoldo Lugones la gentileza de contestar mi artículo intitulado «¿Ha sonado la hora de la espada?», y le agradezco la forma en que lo ha hecho; pero ¡qué ideología la suya, válgame Dios! Aunque nada nueva en el fondo y muy deleznable, viene de un escritor de alto prestigio, y me parece tan aparejada de consecuencias funestas que no puedo dejarla pasar sin algunas observaciones.

Empieza el señor Lugones por quejarse de que yo haya incurrido en la debilidad de sospechar en él, —a propósito de su discurso de Lima,—adulación a Leguía e incitación al aplauso palaciego. Tal vez de alguna frase de mi mencionado artículo se infiere este pensamiento. Convengamos en que el texto del discurso del señor Lugones y las circunstancias en que fué pronunciado justificarian esta suposición; mas no tengo ningún inconveniente para aceptar como sincera la declaración en contrario que hace el señor Lugones.

Tomando pie de este detalle, dice el señor Lugones: «como si fuera imposible hallar por ventura un solo demócrata capaz de creer en la probidad de los que no piensan como él. Pero nadie ignora que desde César hasta Luis Felipe y desde Séneca hasta Voltaire, la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática».

No contestaré este párrafo por lo que a mí respecta. Creo poseer esa probidad (tal vez hasta el grado de la ingenuidad) que el señor Lugones niega a los demócratas. Pero ¿cómo aceptar eso de que «la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática?». Las aristocracias han sido tal vez tolerantes dentro de ellas mismas, para con los individuos de su clase y siempre que los defectos o ideas que habían de tolerar no entrañarán una amenaza para sus privilegios. Pero respecto de las gentes que han estado en otras clases sociales, fuera de ellas, las aristocracias no han manifestado nunca tolerancia. Han sido simplemente desdeñosas, lo que es polarmente distinto. Las demás clases no cuentan ni existen para las aristocracias. Forman simplemente la sombra necesaria en el cuadro en que ellas se destacan a la luz. Esto no es tolerancia. La verdadera tolerancia supone convivencia en medio de la diversidad, reconocimiento cordial de la hermandad humana, comprensión mutua y hasta dulce perdón para los yerros del semejante. Esta tolerancia, flor delicada de la más alta cultura, pueden poseerla las aristocracias cuando son amplias hasta democratizarse y las democracias cuando se aristocratizan afinándose.

* * *

El señor Lugones hace profesión de fe de individualista y de escéptico para corroborar sobre esta base su culto de la espada.

«Profeso, dice, el culto de la minoría perfecta, el individualismo absoluto; no hago política ni pretendo conducir a nadie; carezco del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad. Sé que en el estado actual del conocimiento es imposible descubrir ninguna ley natural o divina; vale decir ninguna adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

¡Qué de cosas llamadas a causar deslumbramiento y qué in-

consistentes en sí mismas o puestas en relación unas con otras!

¿Valdrá la pena detenerse a considerar ese concepto del individualismo absoluto? Es tan insostenible. Pero las únicas razones para no pararse en él, serían que el señor Lugones no lo hubiera expresado en serio o que las palabras lo hubieran llevado más allá de lo que quería decir. Al señor Lugones y no a mí correspondería aclarar si ha ocurrido una de estas dos cosas.

¿Hay algo absoluto fuera del ser? Probablemente no, y el señor Lugones lo reconoce así al atacar un poco más adelante la libertad y la democracia por medio del relativismo de los conceptos que proclama la ciencia contemporánea y que él hace suyo.

Nuestro poeta, en el andar de pocas líneas, se contradice entonces: primero hace alarde de su individualismo absoluto y luego, cuando le conviene para otro fin, invoca el relativismo de todos los conceptos.

Esto ocurre en el plano del conocimiento. Llevado al campo de la realidad social y de la conducta, el individualismo absoluto pasa a ser una de esas expresiones que no corresponden a nada efectivo y que resultan del poder que tiene el hombre de satisfacerse con palabras adosadas a su capricho. El individualismo absoluto es tan impracticable como la misantropía absoluta, como el egoísmo absoluto y también como la abnegación absoluta. Todos estos absolutos significarían la muerte. No podemos vivir prescindiendo de los servicios de los demás ni nos es dado eludir el servir a los demás. Mayores son los reparos que cabe hacer a la tesis individualista, si se entran a examinar los factores que conducen a su plenitud de desarrollo a cualquiera personalidad humana y, por consiguiente, a la que alardea de individualismo. Todos estos factores constituyen una negación palmaria de tal manera de encarar la vida social.

La personalidad de un ciudadano de cualquiera democracia moderna, digamos de un ciudadano argentino, y, por ende, del

señor Lugones tal vez, se ha desenvuelto gracias a la acción de la rica educación nacional que en todos sus grados le ha proporcionado su patria, institución basada, no en el individualismo sino en el amor a esa misma patria, en el civismo, en la solidaridad social y en el ansia de progreso. Se ha desarrollado merced a la influencia de costosas bibliotecas y museos fundados por el interés de la cultura y no por el individualismo. De manera que la formación de la personalidad que ostenta su individualismo absoluto ha sido posible sólo, tan sólo gracias a los esfuerzos y cuidados inmediatos de las organizaciones nacionales y culturales que le han servido y a los sacrificios seculares de millares de hombres modestos que han pasado sus días en la cándida creencia, cándida y fecunda, de que lo mejor es vivir para un alto ideal de creación y servicio.

Pero no se me interprete mal. Hay un individualismo sano, y este es el que significa carácter dentro de la solidaridad humana, y libertad para pensar.

Ha dicho el señor Lugones que carece «del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad». ¡Qué de problemas metafísicos y filosóficos apretados en cuatro líneas de un periódico! Porque aquí se plantean una grave cuestión metafísica, Dios, y todo el asunto de la epistemología o ciencia del conocimiento, la verdad; pero el señor Lugones, sin mayor inquietud, los resuelve rotundamente dentro de esas escasas líneas. Es cierto que él dice que *cree* tal o cual cosa, y en este terreno no se le puede atacar porque la creencia es un hecho subjetivo que hasta cierto punto se sustrae a la experiencia.

Pero veamos.

Es efectivo que hay ideas que no pasan ni pueden pasar de la categoría de creencias u opiniones y que se encuentran indefensas ante los asaltos de la duda. Así, cuando el señor Lugones afirma que carece del «fanatismo religioso que cree en la ley de Dios», como este es un asunto de creencia o de fe, no hay nada que decirle. Pero tenemos ideas que no son simples creencias u opiniones, sino verdades de percepción inmediata, como pasa con las

verdades matemáticas elementales y con muchos hechos del más sencillo empirismo. ¿Llevará el señor Lugones su carencia de fanatismo ideológico hasta negar que dos y dos sean cuatro o que el agua, los jugos de la tierra, la luz y calor del sol dan vida y color a las plantas? Se dirá que estos son hechos muy sencillos que no pueden ser materia de discusión. Seguramente; pero son de consecuencias incalculables para justipreciar el valor del conocimiento humano. Por lo menos, el señor Lugones debía haber distinguido verdades y no condenarlas a todas olímpicamente a velas apagadas. ¿O habrá querido referirse exclusivamente el señor Lugones a aquellas verdades de inferencia que pretenden proyectar luz sobre el porvenir? Por ejemplo, se podría decir que en vista del compás de desarrollo que ha llevado hasta ahora la República Argentina y de los inagotables tesoros de su suelo, es dado inducir que tal vez antes de cincuenta años haya duplicado la cifra de su población, su potencia económica y su riqueza, agregando que los estadistas del gran país hermano deberían tomar en cuenta estas posibilidades en sus proyectos para el futuro.

El señor Lugones, en actitud consecuencial con sus declaraciones, deberá mirar tales cosas como lucubraciones insustanciales de algún pensador simple, de profesores pedantes o de diputados y periodistas superficialmente eruditos; pero nosotros creemos que el señor Lugones, por permanecer fiel a su carencia de fanatismo ideológico, se ha privado de una noción exacta sobre su propio país.

¿O habrá intentado el señor Lugones, aunque no lo ha dicho, retirar su crédito únicamente a aquellas verdades trascendentales y presuntuosas que se erigen en dictadores de la vida y pretenden señalar norma a la eternidad? Así pudiera pensarse cuando dice que «es imposible describir ninguna ley natural o divina que sea una adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

No estaría lejos de acompañar en parte al señor Lugones en este terreno. Es difícil establecer leyes muy difinitivas en el orden psicológico y social. Pero este poeta, ya ilustre, que niega

la verdad, lanza luego afirmaciones tan categóricas como las siguientes: «La patria, la sociedad, la vida son estados de fuerza», «El hombre es un animal de combate» (de combate corporal se entiende), «La guerra es un fenómeno natural como la muerte», «Tenemos la demostración efectiva del realismo maquiavélico, anticristiano y antiliberal a la vez». Estos aforismos dogmatizantes ¿no son verdades para el señor Lugones? Para él lo son y deben serlo con caracteres terribles, porque en su contextura, seca como hecha de cuerdas y sarmientos, atan a la humanidad a una condena eterna. ¿En qué quedamos entonces? En que el señor Lugones tiene el fanatismo ideológico de algunas verdades. ¡Y qué verdades! ¿Y su individualismo absoluto, que ya hemos examinado, equivale a otra cosa que ha decidirse con toda el alma en la alternativa de la vida por uno de los postulados que se presentan? ¿No significa optar por la interpretación de la existencia que parece definitivamente más conforme al sentido de los días presentes y venideros? ¿No es esto garantizar el sostenimiento de una verdad, no sólo con la especulativa afirmación de la mente, sino poniendo al lado de ella lo más que uno puede dar, la felicidad, la propia suerte?

Entonces tenemos en este punto una doble y contradictoria actitud en el señor Lugones. Primero la verdad no existe cuando tiene que aventar como con un soplo proposiciones o ideas que no convienen a sus sentimientos, y luego existe en forma de afirmaciones dogmáticas que han de servir de base a sus lucubraciones.

«La libertad, dice el señor Lugones, o sea la facultad de dirigirse cada uno de acuerdo con su conciencia, resulta una ilusión desvanecida. Ella era el fundamento de la ideología demócrata del siglo XIX; y por esto, tras ella, fracasó la democracia».

Comprendo que se pueda decir que es una ilusión desvanecida la libertad metafísica, absoluta e indeterminada; pero no cabe afirmar lo mismo de la libertad jurídica y empírica que constituye una de las condiciones esenciales de la vida social y para el desarrollo de la personalidad humana. Veamos algunos ejemplos.

Cualquiera que sea la teoría que sustentemos sobre la libertad en abstracto, es necesario y muy satisfactorio para nosotros tener la facultad de quedarnos en casa cuando así lo deseemos y de salir a pasear o viajar si esto preferimos; pero no que un tirano nos obligue, a pesar nuestro, a viajar fuera del país porque estime él que así conviene a su seguridad. Es necesario, es vital para nosotros, es el aire de nuestro espíritu, gozar de la facultad de poder pensar a nuestro modo y de expresar públicamente lo que pensamos en materias de interés general. Si un mandón atrabiliario e inculto nos censura o arroja a una mazmorra porque nuestras ideas no se conforman a sus planes políticos, nos sentimos desesperadamente oprimidos en nuestro valor más íntimo. ¿No son estas facultades para el señor Lugones libertades apreciables? ¿No es lo que hermosea la existencia moral y condición esencial a la vez de esa vida heroica que él propicia? No son esas mismas facultades algunos de los bienes de que goza el propio señor Lugones en el seno de su democrática patria argentina y que constituyen cualidades que la enaltecen en el mundo civilizado? Las libertades jurídicas y empíricas no son ilusiones desvanecidas, sino el tesoro más precioso de los pueblos cultos. Desgraciadamente, ¡ay!, son valores esfumados en los pueblos infelices en que, sojuzgados a la tiranía, ha sonado la hora de la espada.

El señor Lugones ha proclamado el fracaso de la democracia y como una de las pruebas de su acerto aduce la guerra europea.

Pero no fué la democracia la que condujo a la guerra. Puede acusársele, sí, de no haber sabido darse una organización capaz de defenderla de la guerra. Lo que condujo al mundo a la catástrofe fueron las rivalidades nacionales, el militarismo de imperios antidemocráticos y la concupiscencia comercial. La sed de lucro y de riqueza, la sed de goces y el ansia de predominio para obtener todo aquello, infiltrándose como un morbo ancestral, sutil y tenaz en las mal tejidas mallas de las democracias, la corrompieron y trajeron la conflagración. Es decir, fué la acción superviviente, deletérea de ese mismo individualis-

mo pagano y sensual que preconiza el señor Lugones, y no la democracia, el culpable de la guerra.

* * *

Sobre esas bases tan deleznable, individualismo, escepticismo, negación de la libertad y de la democracia, levanta el señor Lugones su culto de la espada y sus loas incomprensibles a la guerra.

Lo demás del artículo del señor Lugones son afirmaciones gratuitas, citas descabelladas, o destellos de pensamientos hermosos, pero que precisamente se pueden tomar en un sentido contrario al que él quiere indicar.

«Se ha establecido, dice, el principio del combate, y, con él, en la ineluctable necesidad de la guerra, la noción heroica de vivir». «La noción heroica de la vida es una exaltación de la vida misma».

El señor Lugones encomia el valor de la vida heroica y lo acompañamos de todo corazón en su culto del heroísmo; pero él parece creer, como cualquier rudo sargento o cadete novel, que sólo los campos de batalla fueron terreno propicio al heroísmo. También hay héroes de la justicia, de la verdad, de la virtud y del civismo.

Buda y Jesús, al sacrificar sus vidas en aras de la bondad, fueron héroes. También lo fueron por lo mismo, Epicteto y San Francisco de Asís, y Miguel Angel en su grandeza austera. Dante, Shakespeare, Lutero, Rousseau, figuran entre los héroes de Carlyle. El gran Zola, defendiendo a Dreyfus y desafiando, por amor a la verdad y a la justicia, las iras de las turbas chauvinistas, fué un héroe. Gandhi en nuestros días ha resistido a la violencia hasta el heroísmo.

Y siempre el heroísmo ha consistido precisamente en luchar como se puede, con la pluma o la palabra, contra el tirano para quebrarle la espada con que oprime a sus conciudadanos o hacerlo expiar con su sangre el haber conculcado las libertades públicas. En este sentido, Montalvo, sin más que su pluma, fué un héroe al frente de García Moreno.

El señor Lugones va a buscar apoyos en el Evangelio y cita la sabida frase de Jesús (Mateo-X-34) «No penséis que he venido para traer la paz al mundo sino la espada». Pero dado el carácter de Jesús y del cristianismo, esta frase no se puede tomar al pie de la letra ni aislándola del resto del capítulo y del Evangelio. Es una de las tantas expresiones figuradas en que era riquísimo el inagotable lenguaje parabólico de Jesús. Puesta en relación con el resto del mismo capítulo, se ve que esas palabras se refieren a las inevitables disenciones domésticas que su prédica iba a traer y a las persecuciones que tendrían que soportar sus discípulos. Así se lee poco antes: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos». «Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que *soportare* hasta el fin, éste será salvo». Y a continuación de la frase citada encontramos: «Porque he venido para hacer disención del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa». ¿Y cómo conciliar el sentido literal que da el señor Lugones al «traer la espada» con todo el seráfico Sermón de la Montaña? «Bienaventurados los *mansos*, dice el Divino Maestro, porque ellos recibirán la tierra en heredad». «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos». «Conciliate con tu adversario»... «No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra»... «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen». ¿A qué seguir? Todas estas aladas palabras, en consonancia con el espíritu de Jesús, constituyen la condenación más categórica de cualquiera violencia y, por consiguiente, de la espada y de las ocasiones en que la insensatez de los hombres hace que suene su hora.

«La guerra, ha dicho el señor Lugones, es un fenómeno natural como la muerte... La naturaleza no sabe ni de bien ni de mal, ni de razón ni de Justicia»... La naturaleza no sabe; pero el hombre sí. En esto consiste precisamente el rasgo distintivo,

la condición esencial, la dignidad de ser hombre: en superar a la naturaleza en lo que tiene de fuerza bruta y al instinto animal por medio de la razón. La tarea genuinamente humana ha estribado siempre y estriba en la creación y enriquecimiento de valores espirituales que dan al orden humano su modalidad propia sobre el orden de la naturaleza animal. La justicia, la bondad, la belleza, el heroísmo son las entidades luminosas que atraen al hombre y lo elevan sobre el plano de la torpe naturaleza animal. Por más vagos, intangibles y difíciles de alcanzar que se presenten a veces, estos valores son tan fundamentales para el hombre, que no podría renegar de ellos sin amputar a la vez por ese sólo hecho lo mejor de su ser. La lucha es árdua y si no que lo diga esta controversia; pero hay que superar a la naturaleza ciega.

Dice el señor Lugones que «el desarrollo de la civilización necesita un orden, un equilibrio jerárquico». De acuerdo. Pero luego agrega nuestro poeta que el orden y la jerarquía sólo es dado obtenerlos impuestos por la fuerza, por la espada. He aquí términos que riñen al verse juntos: ¡desarrollo de la civilización por la fuerza! ¿Para qué queremos semejante civilización? La civilización no tiene otro sentido precisamente que acabar con las diversas manifestaciones de la fuerza bruta y afianzar el imperio de las fuerzas espirituales.

Parece además que el señor Lugones no hubiera pensado en las trágicas sorpresas que puede traer un detentador de la fuerza, un tirano, de ideas distintas a las nuestras. Es difícil que un tirano no tenga algún color ideológico, que el puño de su espada no esté teñido por alguna tendencia. Quién sabe si lleva como emblema una cruz. ¿No ha pensado el señor Lugones lo que a él mismo pudiera haberle ocurrido viviendo bajo el jerárquico sable de un tirano de esta clase? Sus manifestaciones de escepticismo y ateísmo han visto la luz toleradas dentro del ambiente de amplia libertad, en que las verdaderas democracias fincan precisamente uno de sus mejores méritos. A la avanzada democracia en que vive, al régimen democrático de que tanto abomina, debe el señor Lugones el privilegio, el más precioso

de todos para el hombre de vida interior, de poder dar plena expresión a su espíritu. Piense el señor Lugones en que si le hubiera tocado vivir, pongo por caso, bajo la redentora espada de un tirano católico, el valor de exponer sus ideas lo habría expiado tal vez con persecuciones y destierros.

A pesar de todo, la democracia inspira horror al señor Lugones. Para él significa «la tristeza y el colectivismo en la igualdad menguada de la miseria y del dolor» y «el triunfo cuantitativo de los menguados». No estaría lejos de suscribir con el señor Lugones que la vida democrática nos ofrece muy a menudo ese triunfo cuantitativo de los menguados; pero aun así puede ser eso mejor que la dictadura de uno solo. Los tiranos son suspicaces; las democracias, confiadas.

Pero la democracia no implica necesariamente una igualdad aplastante e injusta. Este es un falso concepto del señor Lugones. La democracia es el taller de todos y no la plenitud de una quimérica igualdad. La democracia debe establecer sólo la igualdad de oportunidades para que todos podamos desarrollar nuestra individualidad, trabajar y ser remunerados en justicia.

* * *

El señor Lugones se complace en la satisfacción de que con los hechos que aplaude y sus doctrinas se inicia una nueva civilización, semejante a la pagana: civilización estética, porque considera que el goce de vivir es el objeto de la vida.

Ingenua ilusión.

El concepto individualista y pagano de la vida, o, digamos más exactamente, individualista y sensual, no puede marcar el principio de una nueva civilización porque es más antiguo que el hombre.

Ya el hombre de las cavernas, nuestro abuelo prehistórico, por la fuerza brutal de sus instintos, por la inmediata presión ancestral de la animalidad de donde venía, no podía ser otra cosa que individualista y sensual.

Nerón constituye la representación más acabada de la con-

cepción individualista, pagana y estética de la vida. Mientras la población romana se refuerce en medio de un incendio apocalíptico en la desesperación del dolor, del hambre y la miseria, él sube a una colina a contemplar el espectáculo y a cantar su belleza.

¡Oh noble afán de hacer de la vida tan sólo una cosa bella!

Aquí se nos ocurre una pregunta: ¿Cómo formar una sociedad de personas movidas únicamente por un individualismo sensual y estético? ¿Cómo haríamos convivir en un conglomerado orgánico a personas que condenan nuestra civilización porque es élica (apenas en algunas de sus aspiraciones) y porque impone (a veces, muy contadas veces) la tristeza en la igualdad de la miseria y el dolor? Una sociedad de cristianos, de budistas, de idealistas se concibe. Practican, por lo menos en principio, el amor y el servicio de los demás. ¿Pero qué lazo de unión cabría entre aquellos individualistas? Nada más que su egoísmo y la concordancia en la busca del placer. Estas personas no pueden formar propiamente una sociedad orgánica, sino una agrupación gregaria mantenida por la fuerza. El señor Lugones es consecuente al auspiciar los regímenes de fuerza. Tienen que ser la consecuencia de su individualismo sensual y estético. Repite a la vuelta de cerca de doscientos años el caso Robbes. Para este filósofo, maestro del placer y del egoísmo, el hombre era al frente del hombre un lobo, y naturalmente no encontraba otra forma de gobierno capaz de mantener el orden social que la monarquía absoluta.

No se trata de proscribir de nuestra república ideal a los poetas, como lo hiciera Platón, ni al arte, ni a la belleza. Estamos muy lejos de tal atentado contra la cultura. El culto del arte y la belleza ennoblecen y deleitan la vida. Las actividades a que dan lugar son, en cuanto a la seriedad que reclaman, tan sustanciales para el hombre como cualquiera otra. Pero en todo arte que no va acompañado de cierta austeridad encontramos algo de falso, de *poseur* o de casual; y creemos que una sociedad que diera la primacía a los valores estéticos

sobre los éticos iría tan errada como una familia que se preocupa ante todo de la figuración social y no de la sólida situación que sólo un trabajo regular procura.

Lo que dice y quiere decir el señor Lugones no es nada menos que la expresión de un estado de cosas ya viejo en la América Latina. No nos ha traído ninguna novedad, como él se imagina. ¿La hora de la espada? No ha hecho otra cosa que soñar en guerras entre estas repúblicas hermanas, en guerras civiles y en las innumerables dictaduras que han asolado a los países tropicales de nuestro continente y aún a algunos que no lo son.

El señor Lugones construye sus más hermosas frases para designar al mandatario con que sueña. Parecen collares de perlas destinados a adornar el pecho del ungido. Pero no hay para qué proyectarlo en un presente inmediato o en días venideros. El pasado nos lo ofrece ya realizado. El señor Lugones tiene a la mano en nuestra historia un tesoro de casos donde elegir modelos para la concreción de sus doctrinas. No va a haber más que la dificultad de la elección. ¿A quién prefiere como símbolo de «victoria cualitativa de los mejores», como expresión «de gloriosa tiranía en el individuo considerablemente superior», como dechado del «poderio que la vida confiere misteriosamente al mejor»? ¿A don Gaspar Rodríguez de Francia, a los López, a Mariano Melgarejo, a García Moreno, a Guzmán Blanco, a Estrada Cabrera, a Cipriano Castro, a J. Tadeo Monagas? ¿O tal vez a su compatriota don Juan Manuel de Rosas? ¿O quizás la espada acompañada de espuelas de Juan Vicente Gómez? ¿O Leguía? Oh, sí, Leguía.

En cuanto al individualismo escéptico y sensual del señor Lugones, cubierto además, para cubrir su desnudez, con la túnica de seda del esteticismo, es un mal casi secular de los hispano-americanos.

Tal vez el señor Lugones no se ha dado cuenta de que era el portavoz de un estado de la raza y se ha creído un innovador solitario.

Desde que la religión católica perdió su poder sobre gran

parte de las poblaciones hispano-americanas, éstas se han estado debatiendo en el orden espiritual en el caos del indiferentismo y del escepticismo individualista y sensual. De aquí uno de los grandes problemas de nuestra América Latina. No se puede pensar en la restauración de las religiones positivas que han hecho crisis y urge afirmar un mundo de valores espirituales capaces de encaminarla sólidamente, y en especial a sus juventudes, a hacer bien su vida, a realizar el porvenir que vislumbramos. Algunos han encontrado su áncora de salvación en los dictados del civismo. Otros, los menos, alientan la fe de un idealismo creador y constructivo.

Conservemos en buena hora del paganismo la alegría de vivir que tal vez caldeara sus venas y que los norteamericanos, haciendo una afortunada síntesis, han sabido incorporar en la civilización cristiana. Pero el individualismo pagano, o sea, sensual y estético, bajo el pendón de una tiranía, que nos ofrece el señor Lugones, ha sido el morbo que ha estado corroyendo las entrañas de la América Española durante más de medio siglo.

No anuncia, pues, el señor Lugones una nueva civilización. Sus palabras son ecos del pasado; son las voces de una cultura en decadencia, casi en agonía.

El Mahabarata termina con que los héroes Pandavas salgan del infierno a donde habían ido a parar por sus violencias. Obedeciendo a los dioses, deben encarnarse en nuevos cuerpos mortales y volver a la tierra a enmendar rumbos, a luchar por la bondad, por la justicia, por la dulzura.

Esta es la ley suprema.

El egoísmo, el placer y la violencia suelen triunfar; pero sus triunfos son siempre efímeros y condenables. Y aunque todo sea transitorio en nuestro mundo, los valores espirituales forman, en medio del fluir de lo mudable, el verdadero tesoro cordial de la vida, son su suave sonrisa eterna.